

Vivimos en sociedades que se encuentran en una suerte de “tierra de nadie” moral, en algo así como una “perenne adolescencia”... la adquisición del carácter moral tiene que ver más con un duro combate “cuerpo a cuerpo” que con componendas o alianzas con un enemigo (nosotros mismos) que en ningún caso está dispuesto a darnos cuartel

HERACLES PERPLEJO O DE LA PERENNE ADOLESCENCIA

RAMÓN ÍMAZ
rimaz68@hotmail.com

La idea nuclear que aquí transmitimos es muy sencilla: a modo de denuncia, hacemos una presentación diagnóstica de uno de los grandes males formativos de nuestro tiempo, que podemos describir como un tipo de “enfermedad” que afecta a la totalidad de la vida de los individuos, en particular a adolescentes y jóvenes, y, por ende, también a la totalidad de la vida de las sociedades de las que ellos forman parte. Se trata, en resumen, del negligente descuido, cuando no absoluta desatención, del hecho decisivo de la *constitución de su carácter moral*. Junto a esta idea, a modo de su reverso positivo, aportamos también indicación diáfana de cuál es el remedio adecuado de este mal, ocasión que aprovechamos para presentar el valioso recurso persuasivo de un relato de corte mitológico compuesto a tal efecto en la Grecia de hace más de veinticuatro siglos.

RAZÓN INSTRUMENTAL VS. CARÁCTER MORAL

El problema de que hablamos viene de lejos, por lo menos, de las revoluciones científicas y técnicas los siglos XVI y XVII, en que se gesta en Europa la mentalidad que hoy denominamos “moderna”, una de cuyas señas distintivas es la que puede describirse como indiscutida *preeminencia de la racionalidad instrumental*. Herederas de esta mentalidad, en general, podemos decir que las sociedades del presente no son en buena medida más que manifestación diáfana de un tipo hegemónico de pensamiento por el que todo es contemplado desde un punto de vista metódico y procedimental exclusivo: cada cosa, empezando por la verdad misma, es considerada, bien como un instrumento, es decir, como un medio para hacer cosas, bien como un objeto de potencial instrumentalización (como materia susceptible de ser modificada o transformada por algún instrumento), todo ello sólidamente sustentado por la “infalible” y muy “racional” evidencia de un portentoso desarrollo técnico.

El “problema” de este imperio de la razón instrumental no es que haya tenido lugar cuanto que haya acontecido de un modo reduccionista, es decir, negándoles todo derecho a ser tenidos en cuenta a otros modos fundamentales de la experiencia humana de lo real, entre ellos, el vinculado a la que cabe denominar racionalidad teleológica [relativa a los “fines” (de *telos*, “fin” en griego)]. Resulta que (quizá sin pretenderlo, bien que con iguales efectos nefastos) el pensamiento instrumental se ha impuesto vetándole a la inteligencia humana el tránsito, sin duda acorde con su propensión natural, por el “universo de los fines”, es decir, de los “fines no instrumentales” o “fines término”, “fines incondicionados” o “inútiles”. Para que se nos entienda, no es que al hombre se le haya privado de la posibilidad de interrogar y reflexionar sobre los fines fundamentales que le atañen (implícitos, por ejemplo, en preguntas del tipo “¿cuál es el sentido de mi vida?”, etc.). Lo que se le ha escamoteado es su vía natural de respuesta a esas cuestiones a través de su propia intelligen-





cia, haciéndole creer falsamente bien en la efectiva inexistencia de una respuesta racional (porque la razón sólo es un medio de descripción y cálculo de fenómenos, no algo que nos permita dirimir que seamos los hombres en última instancia, es decir, cuál sea nuestro fin, perfección o valor en cuanto tales), bien, aun más falsamente, en que quizá pueda ser que también aquí la razón instrumental tenga eventualmente todo que decir. La consecuencia de todo esto ha sido que, en relación con interrogantes como "en qué consiste mi vida", "qué debo hacer con ella", "cuáles han de ser, en cada caso, las acciones adecuadas que satisfacen ese deber", etc., ha venido a decretarse el más absoluto silencio de la razón, bien dejando en manos de cada cual, es decir, de las arbitrarias ocurrencias de su imaginación, la resolución de las mismas, bien generando la falsa vana esperanza de que la razón instrumental haya de hacerlo algún día. De aquí todo el burdo relativismo, el auto-complacido sometimiento ciego a la autoridad, la estólida solemnización de lo trivial y el hedonismo que proliferan en torno nuestro.

Esto nos revela que, si por algo se caracterizan las sociedades actuales, en las que se ha dado la espalda a la *racionalidad teleológica* por mor de conceder la exclusividad a la *instrumental*, ello es por hallarse integradas por individuos que han renunciado, pospuesto o diferido, no ya el mero conocimiento sino la correcta resolución de lo que constituye su perfección (fin o valor intrínseco) en tanto que seres humanos, que no es otra cosa que el **Carácter Moral** (la posesión de lo que los antiguos denominaban *virtud*), lo único capaz de aportar congruencia (unidad, coherencia y, por tanto, sentido) a sus vidas. Podemos describirlo de una manera más gráfica y consonante con el tenor de esta revista: vivimos en sociedades que se encuentran en una suerte de "tierra de nadie" moral, en algo así como una "*perenne adolescencia*"; sociedades que, en consecuencia, tienen más de meros agregados de individuos que de genuinas comunidades civiles en las que el bien público se persigue y salvaguarda. Colectivos en los que, al igual que los niños, unos y otros saben más o menos cómo manipular, revolver y tocarlo todo con alguna destreza pero sin propósito solvente alguno o, en todo caso, asumiendo finalidades sólo "aparentes", es decir, parciales y espurias.

¿Cómo salir de este estado de letargia moral generalizada? Pues no de otro modo que promoviendo, en especial en los jóvenes, la formación de su "carácter moral" a través de la reapertura de la olvidada vía de la *racionalidad teleológica*. Una empresa

nada sencilla (esto no se resuelve escribiendo tratados de Ética o Filosofía Moral). Para captar el alcance de esta dificultad debemos hacernos cargo preciso de cuál es exactamente la naturaleza de la *razón teleológica*, para lo cual se requiere que nos desprendamos de ciertos prejuicios instrumentales arraigados: la *racionalidad teleológica* no designa tanto una facultad-herramienta con la que se puedan conocer y llegar a hacer ciertas cosas (en este caso, saber en qué consista ser morales y serlo) cuanto ella misma un *modo de ser*, el *modo de ser racional-teleológico*, el modo de ser moral que acota el estado de realización o perfección humana. Aquí no se trata de que uno dé previamente con una la idea de sí, la idea de su yo moral y entonces decida discrecionalmente realizarla o no, sino que uno posee discrecionalmente carácter moral, esto es, decide vivir moralmente, y entonces sabe en que consiste eso referido a su yo. Para que se nos entienda mejor, expresado en el discurso de moda que habla de "valores": uno es "valioso" (racional-teleológico) y, siéndolo, se hace "poseedor-conocedor de valores buenos" (el problema de nuestro tiempo no es tanto, como suele repetirse sin descanso, "la falta de valores" (buenos, se entiende) sino más bien la escasez de acciones y vidas valiosas que los expresen o hagan patentes, acciones y vidas que visibilicen el *modo de ser racional-teleológico* tan inherente o más a nuestra naturaleza como la idolatrada razón instrumental). De todas maneras, más allá de estas sutiles precisiones, como decimos, la dificultad del caso ha de comprenderse suficientemente con que se tenga presente que *la idea fundamental aquí es la de que la posesión de carácter moral (modo de ser racional-teleológico) hace básicamente referencia a un acto fundamental de nuestras vidas por el cual accedemos a la "vida moral", al sentido y la unidad de nuestra existencia, lo que, en cualquier caso, no debe concebirse como algo acabado o dado de suyo, sino como fruto de la labra constante de un molde u orientación básica de nuestro yo que habremos de ir cultivando día a día con esfuerzo (y también máxima satisfacción) el resto de nuestras vidas.*

Así, pues, retornando a nuestra pregunta inicial sobre si es posible promover eso de alguna manera: ¿Cómo llevar a nuestros jóvenes a que forjen su "carácter moral"? Para desencanto de muchos, la única vía efectiva —o, al menos, "la fundamental"— en que se puede pensar aquí es la "muda" del "*ejemplarismo*", esto es, la persuasiva demostración o presencia de casos de individuos que manifiesten carácter moral o acciones que lo revelen, los únicos capaces, merced a cierto secreto encanto, de despertar en los chicos una suerte de irrefrenable atracción mimética. El "*ejemplarismo*" tiene que ver, en primer lugar, con instancias de carne y hueso (huelga decir cuál ha de ser el papel que a este respecto nos corresponde a padres y maestros), y, en segundo, con los paradigmas que la Historia pone a nuestra disposición no menos que con los que eventualmente nos proporciona la ficción del Arte en sus muy diversas manifestaciones, muy en particular, los relatos bien compuestos que pone a nuestra disposición la narrativa literaria. A modo de botón de muestra, en las líneas que siguen presentamos la historia mitológica de la Antigüedad titulada *La deliberación de Heracles* o *Heracles en la encrucijada*, escrita en la Grecia de hace más de dos mil años con una intencionalidad educativa moral.

HERACLES EN LA ENCRUCIJADA

El también conocido como *El juicio de Hércules* fue redactado por el sofista Pródico de Queos (470-460 a.C.), un pensador menor que pasó felizmente la mayor parte de su vida formando a «jóvenes de familias distinguidas y de casas ricas» según nos cuenta su biógrafo Filóstrato (*Vidas de los sofistas*, Ed. Gredos, 2002, pp. 35-36). De este relato, en el que el héroe griego, en edad adolescente, delibera sobre qué camino habrá de seguir el resto de su vida, si el del Vicio o el de la Virtud, decantándose al cabo por el segundo, ofrecemos a continuación acotación abreviada de la versión de Jenofonte (*Memorables*, Ed. Gredos, 1993, II 1, 21-34), el gran militar discípulo de Sócrates, única fuente a través del cual ha llegado hasta nosotros:

«Cuando Heracles estaba pasando de la niñez a la adolescencia, momento en el que los jóvenes al hacerse independientes revelan si se orientarán en la vida por el camino de la virtud o por el del vicio, cuentan que salió a un lugar tranquilo y se sentó sin saber por cuál de los caminos se dirigiría. Y que se le aparecieron dos mujeres altas que se acercaban a él, una de ellas de hermoso aspecto y naturaleza noble, engalanado de pureza su cuerpo, la mirada púdica, su figura sobria, vestida de blanco. La otra estaba bien nutrida, metida en carnes y blanda, embellecida de color, de modo que parecía más blanca y roja de lo que era y su figura con apariencia de más esbelta de lo que en realidad era, tenía los ojos abiertos de par en par y llevaba un vestido que dejaba entrever sus encantos juveniles. Se contemplaba sin parar, mirando si algún otro la observaba, y a cada momento incluso se volvía a mirar su propia sombra. Cuando estuvieron más cerca de Heracles, mientras la descrita en primer lugar seguía andando al mismo paso, la segunda se adelantó ansiosa de acercarse a Heracles y le dijo: "Te veo indeciso, Heracles, sobre el camino de la vida que has de tomar. Por ello, si me tomas por amiga, yo te llevaré por el camino más dulce y más fácil, no te quedarás sin probar ninguno de los placeres y vivirás sin conocer las dificultades (...)". Dijo Heracles al oír estas palabras: "Mujer, ¿cuál es tu nombre?" Y ella respondió: "Mis amigos me llaman Felicidad,



La deliberación de Heracles en un grabado del siglo XVIII.

pero los que me odian, para denigrarme, me llaman Maldad". En esto se acercó la otra mujer y dijo: "Yo he venido también a ti, Heracles, porque sé quienes son tus padres y me he dado cuenta de tu carácter durante tu educación. Por ello tengo la esperanza de que, si orientas tu camino hacia mí, seguro que podrás llegar a ser un buen ejecutor de nobles y hermosas hazañas y que yo misma seré mucho más estimada e ilustre por los bienes que otorgo. No te voy a engañar con preludios de placer, sino que te explicaré cómo son las cosas en realidad, tal como los dioses las establecieron. Porque de cuantas cosas buenas y nobles existen, los dioses no conceden nada a los hombres sin esfuerzo ni solicitud, sino que, si quieres que tus amigos te estimen, tienes que hacerles favores, y si quieres que alguna ciudad te honre, tienes que servir a la ciudad; si pretendes que toda Grecia te admire por tu valor, has de intentar a Grecia hacerle algún bien; si quieres que la tierra te dé frutos abundantes, tienes que cuidarla; si crees que debes enriquecerte con el ganado, debes preocuparte del ganado, si aspiras a prosperar con la guerra y quieres ser capaz de ayudar a tus amigos y someter a tus enemigos, debes aprender las artes marciales de quienes las conocen y ejercitarte en la manera de utilizarlas. Si quieres adquirir fuerza física, tendrás que acostumbrar a tu cuerpo a someterse a la inteligencia y entrenarlo a fuerza de trabajos y sudores».

La Maldad, según cuenta Pródico, interrumpiendo, dijo: "¿Te das cuenta, Heracles, del camino tan largo y difícil que esta mujer te traza hacia la dicha? Yo te llevaré hacia la felicidad por un camino fácil y corto". Entonces dijo la Virtud: "¡Miserable!, ¿Qué bien posees tú? ¿O qué sabes tú de placer si no estás dispuesta a hacer nada para alcanzarlo? Tú que ni siquiera esperas el deseo de placer, sino que antes de desearlo te sacias de todo, comiendo antes de tener hambre, bebiendo antes de tener sed (...). A pesar de ser inmortal, has sido rechazada por los dioses, y los hombres de bien te desprecian. Tú no oyes nunca el más agradable de los sonidos, el de la alabanza de una misma, ni contemplas nunca el más hermoso espectáculo, porque nunca has contemplado una buena acción hecha por ti. ¿Quién podría creerte cuando hablas?, ¿quién te socorrería en la necesidad?, ¿quién que fuera sensato se atrevería a ser de tu cofradía? Ésta es la de personas que, mientras son jóvenes, son físicamente débiles y, de viejos, se hacen torpes de espíritu, mantenidos durante su juventud relucientes y sin esfuerzo, pero que atraviesan la vejez marchitos y fatigosos de sus acciones pasadas y agobiados por las presentes, después de pasar a la carrera durante su juventud los placeres, reservando para la vejez las lacras. Yo, en cambio, estoy entre los dioses y con los hombres de bien, y no hay acción hermosa divina ni humana que se haga sin mí. (...) Soy una colaboradora estimada para los artesanos, guardiana leal de la casa para los señores, asistente benévola para los criados, buena auxiliar para los trabajos de paz, aliada segura de los esfuerzos de guerra, la mejor intermediaria en la amistad. (...) Los jóvenes son felices con los elogios de los mayores, y los más viejos se complacen con los honores de los jóvenes. Disfrutan recordando acciones de antaño y gozan llevando a cabo bien las presentes. Gracias a mí son

amigos de los dioses, estimados de sus amigos y honrados por su patria. (...) Así es, Heracles, hijo de padres ilustres, como podrás, a través del esfuerzo continuado, conseguir la felicidad más perfecta». Así fue más o menos como contó Pródico la educación de Heracles por la Virtud, si bien embelleció sus conceptos con expresiones magníficas en mayor grado que las que yo he usado ahora. De modo que merece la pena, Aristipo, que lo medites e intentes preocuparte tú también del tiempo que te queda de vida.

¿Qué enseñanza podemos extraer de este hermoso mito? A pesar del tiempo transcurrido desde su composición, y sin menoscabo de las pertinentes actualizaciones a que el texto pueda hacerse acreedor, que las hay, con todo, pensamos que constituye una buena imagen representativa del momento crítico de la existencia humana que marca el paso de la adolescencia a la edad adulta, tránsito sobre el cual se nos revela que sólo es posible culminarlo con éxito merced a la única toma de partido correcta concebible, la favorable a la vida moral o virtud. Al hacernos patente que éste es el hecho fundamental que, confiriéndoles unidad de sentido, esto es, congruencia, se halla tras los acontecimientos más conocidos de la biografía de Heracles, sus famosos "doce trabajos", los mismos por los que, como sabemos, llegará finalmente a ser admitido en el Olimpo en tanto que digno pariente de los dioses, nos pone de bruces ante el acontecimiento clave en la existencia de todo ser humano: **la asunción de un carácter moral**, lo único capaz de dar sentido a nuestros particulares "trabajos". En fin, esta historia constituye un verdadero fogonazo que nos ilumina acerca del lugar dónde se encuentra nuestra excelencia como hombres no menos que sobre el camino que hemos de seguir para llegar a ella: la vida moral como único y genuino *principio compositivo* de nuestra existencia.

Según ya hemos observado, hoy resulta muy triste constatar que, en general, nuestras sociedades no han superado aún esta encrucijada heraclea, permaneciendo en una especie de perpetua indecisión y perplejidad sólo alterada negativamente por los embaucadores cantos de sirena del sibilino hedonismo imperante, una de las principales fuerzas que, lo mismo que en el siglo V a.C., con más eficacia operan contra la extensión del carácter moral entre las personas. Frente a ésta el mito también nos suministra una respuesta que es preciso destacar. Contra la reiterada y machacona sospecha de que toda vida de decencia resulta ser algo así como una "aguafiestas" que no le reporta al individuo satisfacción alguna, antes bien, sólo padecimientos y dolores perpetuos (imaginación responsable de la mayor parte de las desafecciones de la vida moral en jóvenes y no tan jóvenes), la historia es clara: si el Vicio afirma que "mis amigos me llaman Felicidad", la Virtud se presenta a sí misma como "la Felicidad más perfecta". Con estas palabras se nos traslada de manera brillante la verdad decisiva de que la posesión de carácter moral también se basta a sí misma en el espinoso terreno de las satisfacciones mundanas (poniendo con ello en evidencia toda pretensión engañosa de abrir vías medias que hagan "más

digerible" la virtud). Esto no es irrelevante. El caso aquí no es el de si es conveniente o no ser más o menos laxos o rigoristas sino si somos o no somos morales, empresa cuyo peor enemigo hoy no es otro que el propio acto de claudicación de uno mismo ante el placer más ramplón (expresión de la aceptación íntima del principio egoísta). Ésta es la lección básica de la deliberación de Heracles: que la adquisición de carácter moral entraña dificultades y gravosos empeños, y que esto tiene que ver más con un duro combate "cuerpo a cuerpo" que con componendas o alianzas con un enemigo (nosotros mismos) que en ningún caso está dispuesto a darnos cuartel; y, así, que el logro de la "felicidad perfecta" en la Tierra (entiéndase, la que en la Tierra le corresponde a un ser como el hombre) no es un asunto de diplomacia cuanto de cierta actitud heroica. Y, de esta manera, que en este campo los únicos ejemplos aceptables son los de "grandes hombres moralmente excepcionales", los únicos que pueden hacer que la virtud llegue a resplandecer y extenderse entre nuestros jóvenes, los más vulnerables al Vicio, pero también los más felizmente sensibles por naturaleza a dejarse afectar atractivamente por el enardecedor ejemplo de las vidas más bellas.

PARA SABER MÁS:

Dada la naturaleza de la cuestión abordada, antes que "para saber más", en rigor deberíamos referirnos aquí a una bibliografía "para ser más". En cualquier caso, dado que el número de obras (no sólo escritas) con carácter "ejemplar" que podrían citarse desde los albores de nuestra civilización hasta el momento presente resulta inabarcable, pretender sugerir dos o tres títulos es una tarea inabarcable. Lo que sí podemos sugerir es que la misma empresa de búsqueda de este tipo de fuentes así como la discusión y debate en relación con su ejemplaridad (de los "caracteres morales" que ellas nos presentan) constituye por sí mismo una *actividad* muy recomendable para el equipo de profesores o la escuela de padres: puesta en común de obras leídas o vistas (biografías, relatos, crónicas, historias, películas, etc.), debate en relación con su índole ejemplar, consideración minuciosa en común de los "caracteres" en ellas representados (¿por qué son ejemplares?, ¿qué pensamos acerca de los rasgos que conforman este o aquel "carácter moral"?, ¿por qué los valoramos positivamente...?), etc. Únicamente para ilustrar lo que podría ser una buena obra de este tipo doy la referencia de la última que yo mismo he leído. Se trata de la edición de parte del epistolario de un personaje histórico como Santo Tomás Moro: *Últimas Cartas (1532-1535)*, Editorial Acantilado, 2010. A pesar del drama personal de fondo que por momentos intuimos, la lectura de esta correspondencia, increíblemente lúcida y serena, transmite el perfil de un "carácter moral" cuya firmeza nos vemos impelidos a admirar de forma casi automática. Resulta difícil pensar que pueda haber entre sus lectores quien no se sienta profundamente interpelado por la sincera e inconvencible fidelidad al dictamen de su conciencia que el famoso canciller inglés manifiesta a través de la intimidad de su pluma. Aunque podamos juzgarnos pequeños ante tamaño "heroísmo", comprendemos al instante que la ocasión de la "proeza" de Moro está menos alejada de nuestra "minúscula" cotidianidad de lo que parece. Él es quien se eleva por encima de su circunstancia y la empequeñece, y nosotros, quienes nos sonrojamos.